

# BIENAVENTURADO

SEUDÓNIMO: PISTA

Le habían dicho que el Camino de Santiago era un lugar para encontrarse consigo mismo. Que todos lo hacían así, de alguna manera. Y él, naturalmente, empezó a caminar buscando y buscando eso que todavía no sabía qué era, pero todos aseguraban que había perdido.

Al principio, pensó que habría sido más fácil si en lugar de flechas o conchas indicando el camino, hubieran puesto en los carteles alguna pista más. Algo así como “Si usted ha perdido la esperanza, camine hacia el Norte por la costa del Cantábrico hacia la Costa Da Morte por donde Muxia y el cabo de Fisterra” O “Si anda buscando el camino correcto, debería seguir la ruta interior o Camino Primitivo desde Oviedo hasta el Puerto del Acebo por la variante de los Hospitales”.

No obstante, era obstinado. Otros muchos antes que él habían dedicado días, semanas o incluso meses en recorrer esos caminos sagrados y, si estaban bendecidos por Dios, no iba a ser él quien llevara la contraria.

La oferta del pack era tentadora con un “todo incluido” en los albergues, aunque faltaba especificar la letra pequeña. Tal vez se referían a cena y cama, dejando a su suerte todo ese tema de la búsqueda, por eso de que nadie era capaz de encontrar agujas en pajares, ni pérdidas en la inmensidad.

Lo que más le gustó al viajero fue la palabra peregrino. Le recordaba a uno de esos pájaros que volaban libres, tenían plumas de colores y eran admirados por su trino durante un segundo que podía convertirse en la eternidad con mayúsculas. Algo así como “para el resto de su vida”.

Por ser peregrino, el viajero tenía un plus extra. Al llegar a una encrucijada podía tomar un camino y aguardar a ver qué pasaba. Si se sentía feliz. Si resolvía la angustia que le ahogaba por momentos. O si se daba cuenta del error y quería retroceder sobre sus pasos para tomar el otro camino que había desechado. Ese que dejó en medio de un dilema y del que se había arrepentido.

Así, el viajero quemaba las etapas con ampollas en los pies y al llegar al

albergue, mientras descansaba, le entraba la culpa por no ayudar más al cocinero, no ceder muy rápido la cama baja al anciano, no sonreír con amabilidad al niño, no escuchar con atención al adolescente, no reconfortar con la palabra de más aliento al agotado. Se sentía un impostor viendo la fe de muchos de los peregrinos. Sabía que podían tacharlo de antipático porque prefería el silencio y necesitaba todavía tiempo para abrir la concha y hablar de lo que le escocía como un demonio. Que todavía no estaba preparado para responder la pregunta más trascendental de todo peregrino que caminaba en búsqueda de sólo Dios sabía qué.

Pero lo peor de todo, se sentía hueco, como si dentro del pecho no tuviera nada de nada.

Esas noches dormía mal. Pasaba las horas dando vueltas en el jergón, deseando que le mordiera algún chinche para cerciorarse de que aún estaba vivo. Cerraba los ojos y veía pasar esa otra vida que podría haber sido de no haber tomado el camino equivocado. Más feliz. Con menos sobresaltos. Más cargada de amor. Con algo más de humanidad.

Antes de que el peregrino más madrugador echara el pie en tierra, se lavara la cara con agua fría y se calzara las botas para reemprender su viaje hacia Santiago, él salía de puntillas para no despertar a nadie. Dejaba una generosa propina que alcanzara para la compra de comida en el supermercado, el cambio de colchones y hasta algún capricho el día del Santo. Se acicalaba en la calle con la luna como único testigo. Desandaba sobre sus pasos y volvía hasta la encrucijada para tomar el otro camino, asumiendo su parte de culpa. De equivocación. De ansia por rectificar.

Buscaba sí, con la desesperación de quién abría la puerta de la Oficina de Objetos Perdidos para reclamar al desconcertado dependiente su corazón roto, el kilo de esperanza que perdió en el viaje a la India, una onza de felicidad aunque sólo le durara un minuto. Una segunda oportunidad para hacerse perdonar por sus muchos errores.

El peregrino no sabía si había soñado todo eso, y lloraba porque al hacerse de día se había esfumado el sueño, o porque eso era lo que de verdad estaba buscando.

Lo único cierto era el enorme agujero en la mitad del pecho. Como si estuviera descorazonado y dónde debía estar el corazón, hubiera un vacío nada más.

Pensó que eso era imposible, porque nadie podía vivir sin corazón.

Trató de escucharlo. Puso los dedos sobre la muñeca hasta dar con el pulso y, respiró. Aunque muy débil, latía algo, aunque no supiera el qué.

¿Buscar un corazón? ¿En mitad del Camino de Santiago?

Se le ocurrió que podía ir dejando notas. Algo así como:

“Busco corazón. Lo perdí entre Roncesvalles y Santo Domingo de la Calzada. Si lo encuentran, háganmelo llegar y trátenlo con cuidado. Es muy frágil y está medio roto. Por eso se escapó. Si se resiste por algún motivo, díganle que he aprendido a cuidarlo como se merece. Se gratificará a quién lo devuelva”.

Lo escribió unas cien veces con buena letra. Y hasta se acordó de cuando lo habían castigado en la escuela a copiar alguna frase igual de estúpida para que aprendiera a ser una buena persona.

Cuando tuvo las notas escritas no se sintió mejor persona como había asegurado el maestro, pero igualmente fue pegando con chinchetas en los corchos de los albergues un reclamo desesperado, porque para entonces, el hueco había crecido mucho en su interior. De seguir así, el peregrino estaba seguro que no tardaría en desaparecer del todo porque el vacío ocuparía todo su lugar ganándole la partida. Y que sería inútil que lo buscaran, porque primero tenía que encontrarse, para poder regresar a su rutina.

Pero como le habían dicho que en el Camino de Santiago casi todos los peregrinos sufrían una transformación, él no quería ser menos. Recordó lo que le decía su madre sobre que lo último que debía perder era la esperanza. Evidentemente no pedía ser más guapo, ni más rico, ni con más suerte.

Cuando se sentaba cerca del altar en las misas de los peregrinos, simplemente lloraba. En ocasiones hasta le faltó el aire y era tal su pena, que alguno le daba el pésame creyendo que añoraba a algún difunto o le decía que lo sentía mucho, sin saber qué sentía de verdad.

Los repetidores del Camino, esos que aprovechaban cada día libre para

hacer otra etapa más, ya se habían acostumbrado a su rareza. Si faltaba el llorón, no era lo mismo. Pero nadie le preguntaba por qué estaba triste o si quería hablar de ello. O si padecía de una depresión. En el Camino estaba Dios por todas partes. En cada piedra. En el polvo. En la sombra de los árboles. En el murmullo del agua. Y hasta en el silencio.

Desde el altar, parecía decirle que abriera los ojos de una vez, porque las lágrimas le impedían contemplar la belleza. Algo de eso había leído en su adolescencia en El Principito y allí, siguiendo la ruta hacia Santiago, cobró más fuerza.

No fue un descubrimiento místico. Sangraba por dentro. Le dolían las heridas. Demasiadas para un cuerpo tan pequeño. Para un humano tan roto en pedazos que definitivamente había perdido el norte.

Le pidió a Dios algún ungüento para sanar el dolor y pegar los añicos pero debió escucharlo a su manera. Primero le llegó la fiebre y con ella, los desvaríos. Llamaba a su madre cuando deliraba. Añoró al amor de su vida. Se culpó por ser arrogante y engreído. Juró que recuperaría la empatía perdida. Que no se olvidaría de la palabra respeto. Que estaba muy agradecido porque al final veía la luz. No sabía decir si esa luz le llamaba hacia el más allá o le concedía la segunda oportunidad que andaba buscando. Pero encontró paz. Muchísima paz.

Al cabo de unos días remitió la fiebre. Dejaron de ponerle paños de agua fría en la frente y el doctor aseguró que había pasado el peligro.

Le contaron que había sufrido una insolación y casi la palma. ¿Para qué contradecirlos? No habrían creído que había visto a Dios y había hablado con él largo y tendido. Primero había querido escuchar los motivos por los que había puesto los anuncios y si de verdad se sentía tan hueco como el Toboroche<sup>1</sup> árbol tropical de Sudamérica hueco por dentro que sirve para almacenar agua. Comprobó, como Santo Tomás, si tenía hueco el costado y si de verdad era merecedor de recuperar lo que había perdido.

Pareció un requisito asegurar el propósito de enmienda antes de devolverle el corazón.

-¿Ha sido duro, verdad? -preguntó Dios antes de desaparecer.

El viajero pensó durante mucho rato. ¿Duro? Duro no. Simplemente muy inquietante.

Siguió quemando etapas. Disfrutando del silencio. Buscando a Dios ahora ya dentro del pecho de los peregrinos.

El peregrino no lo notó al instante. Se refería a que el corazón, aparte de intacto, le llegó transformado, transformándolo a él. Tardó varias jornadas en apreciar un cosquilleo extraño que le impedía cualquier obra mala, como si Dios, al devolverle la pérdida, lo hubiera condenado a ser buena persona de por vida.

Para cuando llegó a Santiago el tiempo parecía detenido en el veinticinco de julio. Amanecía de nuevo en un veinticinco de julio cada mañana. Ese déjá vu sólo se rompió al acercarse a la tumba del apóstol y rezar ante el Sepulcro. Notó de nuevo la presión en el pecho, como si todo se recolocara en su sitio. Hasta el calendario.

Después caminó despacio. Le pesaban las piernas. Se tomó su tiempo hasta coger el ticket en la Oficina del Peregrino y aguardó turno. Tuvo más de cincuenta minutos para pensar.

Aunque no necesitaba un documento firmado que le recordara lo que acababa de ocurrir, necesitaba decirlo en voz alta. Asegurarse de que algo de todo eso había sido real.

¿Motivos?

1º Había perdido el corazón.

2º Se lo había devuelto Dios.

3º Y había llegado a Santiago para dar las gracias porque había desaparecido ese vacío que llevaba dentro al principio del camino.

4º Ya no podía ser más que buena persona.

5º Estaba por fin en paz con Dios, consigo mismo y con los demás.

Al salir de la Sacristía de la Catedral de Santiago con la "Compostela" que lo acreditaba como peregrino que había pasado ordenadamente por las poblaciones de la ruta jacobea, lloró de alegría, sintiéndose bienaventurado.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Que gran verdad, se le escuchó decir al peregrino.